

Prólogo

En el número 84 de la calle Plymouth Grove, en Manchester, se alza una imponente casa decimonónica del estilo llamado *Greek revival* que contrasta fuertemente con los edificios de alrededor, ejemplos del desigual desarrollo urbanístico de una ciudad considerada por los ingleses una de las más feas de todo el Reino Unido. La urbe industrial, fuertemente castigada por las crisis económicas, conserva un casi nulo atractivo para el turista: quienes llegan a la villa lo hacen antes atraídos por su legendario equipo de fútbol que por el encanto de sus rincones. Manchester no es bello. Y en el barrio del que hablamos, una casa hermosa y con leve sabor aristocrático es una mezcla de provocación y broma de buen gusto.

La antigua mansión soporta con cierta dignidad la desalentadora presencia de los cubos de basura, los edificios de factura tan modesta como reciente y los coches que petardean ajenos a su grandeza pasada. Como si se tratase de sobrevivir a un singular naufragio de colores grises, la casa de Plymouth Grove está pintada de un vivo tono rosado. Es grande —aunque, seguramente, cuando se construyó habría alrededor otras residencias mayores— y tiene delante un curioso porche de columnas rematadas en forma de nenúfar. Los amplios ventanales permiten adivinar un interior luminoso —a pesar del eternamente triste cielo inglés— y, según los planos, alberga veinte habitaciones, entre las principales y las dedicadas al servicio.

Casi todos los vecinos de la zona conocen la historia de la casa, pero los visitantes ocasionales aún se sorprenden ante la vista de la mansión victoriana que desafía el mal gusto de los demás edificios del barrio. La sorpresa es mayor cuando alguien cuenta al paseante que en aquella casa rosada —cuyo deterioro empieza a ser más que evidente— pasaron largas veladas Charles Dickens, Charlotte Bronte, Harriet Beecher Stone o John Ruskin. Que era centro de conversaciones y tertulias, conciertos improvisados y discusiones de calado intelectual. Y que era una mujer la promotora de aquellos singulares encuentros culturales.

Se llamaba Elizabeth Gaskell, y había nacido en las afueras de Londres en 1810. Su padre, William Stevenson, un pastor unitario que volvió a casarse tras morir prematuramente la madre de Elizabeth, proporcionó a la joven una buena educación, en la que no faltaron las mejores lecturas. Tras contraer matrimonio con el reverendo William Gaskell, Elizabeth se trasladó a Manchester, donde inició una prometedora carrera literaria que siempre fue alentada por su marido.

Su primera novela, publicada en 1848 bajo el título de *Mary Barton*, supuso un notable éxito y le proporcionó algunos ingresos económicos que fueron de gran ayuda a la hora de construir la que sería la casa familiar en Plymouth Grove. Fue allí, precisamente, donde comenzó a escribir los tres escritos aquí reunidos bajo el título de *Las crónicas de Cranford*.

La primera de estas tres novelas, *Confesiones del señor Harrison*, da cuenta de un divertido enredo sentimental en torno a un joven médico que se convierte en pieza apetecible para las madres de muchachas solteras cuando toma posesión de una plaza en una pequeña ciudad inglesa. Desbordado por las estrategias manipuladoras de las cazadoras de maridos, el pobre señor Harrison ve como su buena fama se tambalea acechada por las maledicencias: las lenguas de doble filo le han acusado de hacer la corte a varias damas a la vez, mientras la verdadera enamorada del joven doctor —la bella e inocente Sophy— asiste, atónita, a los acontecimientos que a punto están de separarla de Harrison.

Si bien *Confesiones del señor Harrison* es la menos interesante de las tres novelas que componen el volumen, resulta especialmente curioso su planteamiento: en la primera escena, un amigo del protagonista le pide que le explique cómo consiguió contraer matrimonio con su esposa, cuyo nombre no se revela. El lector sabe, pues, que Harrison es un hombre felizmente casado, pero ignora cuál de las damas que van apareciendo a medida que avanza la trama es la elegida para compartir la vida del joven doctor. Ese recurso ha sido luego largamente explotado por el cine y la ficción televisiva —de hecho, es el punto de arranque de la exitosa serie *Cómo conocí a vuestra madre*— pero a mediados del siglo XIX el empleo de esta estrategia para captar la atención del lector resulta, cuando menos, original.

Si *Confesiones...* está protagonizada por un joven que inicia su vida profesional y su educación sentimental, *Milady Ludlow*, que cierra el volumen, es una sólida novela de personaje. Está relatada en

primera persona por Margaret Dawson que, llegando al final de su vida, recuerda los años de su juventud cuando, tras perder a su padre, fue recogida por una excéntrica pariente lejana que había convertido su casa en una amable residencia para media docena de muchachas sin recursos. Madre de nueve hijos, lady Ludlow ha visto morir a ocho de ellos, y es fácil adivinar que en este rasgo del personaje puso Elizabeth su propia experiencia: sólo ella y otra de sus ocho hermanos llegaron a la edad adulta.

Elizabeth Gaskell compone con Lady Ludlow una extraordinaria protagonista, paradigma de la mujer fuerte que sobrevive en un mundo que está cambiando con demasiada rapidez, y en el que ha de aprender a superar sus propios prejuicios. El mundo de la señora Ludlow, reducido a su casa y sus tierras de Hanbury Court —sensacional la descripción que nos brinda la autora de un lugar presentado como de belleza idílica— empieza a tambalearse cuando llega al pueblo de Connington un nuevo párroco con ideas muy diferentes y novedosas sobre determinados asuntos. La autoritaria, dominante y férrea Lady Ludlow tendrá que enfrentarse a sus propios atavismos ayudada por la mejor arma que posee: un corazón generoso y un estricto sentido de la justicia. Es precisamente eso lo que lleva a evolucionar al personaje a medida que avanza la trama, y a pesar de su edad proveya: no obstante su aparente arrogancia, Lady Ludlow siempre se plantea secretamente que su contrincante pueda tener razón.

Como en todas las novelas de Elizabeth Gaskell, en *Milady Ludlow* se ponen de manifiesto constantemente las duras barreras que separan a unas clases y otras en la Inglaterra decimonónica. Cada grupo social es un mundo aparte de los otros, y los señores se hallan alejados por un abismo de los que han nacido para ser criados: «Esta gente, la antigua nobleza, no distinguen a un perro de un hombre fuera de su rango.», se lamenta amargamente un personaje desfavorecido en la escala social. Y la propia Lady Ludlow así lo declara, no sin cinismo, cuando se produce un conflicto con un juez local: «¿Quién rige las leyes? Gente como yo en la Cámara de los Lores, o gente como usted en la Cámara de los Comunes.»

Los protagonistas de cada una de las novelas de Elizabeth Gaskell están apuntalados por una espléndida galería de personajes secundarios, ninguno de ellos prescindible para el transcurso de la historia. En *Milady Ludlow*, y a pesar de que el lector es seducido desde las

primeras páginas por la intensa personalidad de la anciana protagonista, desfila todo un elenco de caracteres entrañables: un capitán de navío retirado reconvertido en administrador, el hijo de un cazador furtivo que ansía convertirse en director de escuela, la extravagante señorita Galindo... Curiosamente, el personaje más desdibujado corresponde, precisamente, al de la narradora de la historia, de la que poco sabemos, quizá porque Elizabeth Gaskell retrata a los personajes a través de sus acciones, y quien narra la acción se dedica, simplemente, a observar, a juzgar y a describir, olvidándose de que también es parte de la historia.

Algo parecido sucede en *Cranford*, narración que da título al libro y que es, sin duda, la más brillante de cuantas componen el volumen. Publicada en 1853, la historia gozó de un considerable éxito entre el público de la época, y fue injustamente olvidada por generaciones posteriores hasta que, hace uno años, la BBC recuperó el texto para producir una serie de televisión protagonizada por la oscarizada Judy Dench. La novela conoció, pues, una segunda y merecida oleada de popularidad entre los lectores del siglo XXI.

Cranford es el nombre de un pueblo inglés —recreación literaria de la pequeña localidad de Knutsford, Cheshire, donde Gaskell pasó largas temporadas durante su adolescencia junto a una tía soltera— cuya población de nivel social alto es mayoritariamente femenina, y así lo declara humorísticamente la autora en la primera línea: «... Cranford pertenece a las Amazonas; todos los propietarios de casas de cierto nivel son mujeres. Si una pareja casada llega para establecerse en el pueblo, el hombre desaparece de alguna manera». En efecto, la mayoría de las mujeres de la población son solteras o, en su defecto, viudas, y no sólo eso, sino que defienden su soledad con uñas y dientes. Hasta tal punto de que, cuando una mujer se compromete, una de las protagonistas del relato, la adorable miss Matty, declara con aire fúnebre «Una nunca sabe cuándo le puede llegar el turno.»

Desde este particular gineceo nos hace llegar la historia la señorita Mary Smith, trasunto novelístico de la propia autora. Mary, una joven procedente de una localidad cercana que suele pasar temporadas en Cranford, donde establece relaciones de afecto con la curiosa legión de solteronas que, comandadas por la señorita Jenkins, forman un modesto entramado de vida social.

La acción transcurre a través de pequeñas historias que se abren y se cierran y que sirven para caracterizar brillantemente a las protago-

nistas de la historia. Estructuralmente puede decirse que la novela tiene dos partes bien definidas: la primera, hasta la muerte de la señorita Jenkins, y de allí en adelante, cuando miss Marty toma el relevo de su hermana en el inocente liderazgo sobre las damas del pueblo.

Son frecuentes en *Cranford* las referencias literarias, de *Las mil y una noches* a *El Quijote*, de los textos del doctor Johnson a los de Addison. Y, sobre todo, llama la atención la encendida defensa que se hace de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Es curioso como en todo momento se atribuye la obra a Boz —seudónimo de Charles Dickens— sin hacer referencia al verdadero nombre de su autor. Elizabeth Gaskell apreciaba mucho a Dickens, que además tuvo bastante que ver en la definitiva profesionalización de la escritora: tras leer *Mary Barton*, el autor de *David Copperfield* se interesó por la obra narrativa de Gaskell, llegando a publicar muchos de sus cuentos de fantasmas en la revista *Household Words*. Dickens y Elizabeth Gaskell mantuvieron una sólida amistad, que duró hasta el fallecimiento de la autora en 1856. El círculo de la autora lo completaban otras personalidades intelectuales de la época, como Charlotte Brönte o Charles Elliot Norton, que solían visitarla en su casa de Manchester.

Las historias que cuenta *Cranford* enlazan brillantemente unas con otras, como las cerezas extraídas de un cesto. Casi todas pueden ser leídas como cuentos independientes, pero en su conjunto forman una narración suficientemente sólida como para estar muy lejos de ser consideradas una mera sucesión de relatos. Si algo unifica todas las historias que se cuentan es, sin duda, la ternura que late en cada una de ellas: la de la mujer madura que recupera a un amor de juventud al que abandonó para cuidar a su hermana enferma; la solterona que, ablandada por la muerte de un viejo amor, autoriza a su criada a responder a los requiebros de un pretendiente; la del chiquillo descarriado que huye de la casa tras una inopinada paliza de su padre, de la que el hombre se arrepiente de por vida...

Es también más que notable la cuidada caracterización del ambiente cerrado de la amistosa localidad de Cranford, hasta el punto de que los forasteros acaban siendo considerados depositarios de las novedades del mundo. El señor Brunoni trae (supuestamente) el refinamiento de la Vieja Europa; lady Glenmine, los usos y costumbres de la Corte de Buckingham (que en realidad no conoce más que

de lejos); Mary Smith, la visión aséptica del que llega desde fuera y está autorizado, por ello, a juzgar lo que se pone ante sus ojos.

La mirada de la autora es siempre tierna y comprensiva, aunque no por ello renuncia a las pinceladas de humor que enriquecen la historia. Es hilarante el episodio del ladrón, y el del esperado encuentro con toda una aristócrata llegada de Escocia que resulta ser más sencilla y modesta que las propias damas de Cranford, fascinadas con su nombre y su título. La descripción de algunos usos y costumbres de la época es tan sobria como acertada, lo mismo que el cuidado proceso de caracterización de todos y cada uno de los personajes, a los que el lector terminará reverenciando sin remedio.

El tiempo y las vanguardias literarias han tratado bastante mal a la novela victoriana, oscureciendo por completo a algunas de sus más señaladas representantes. Con las honrosas excepciones de las hermanas Brönte (Elizabeth Gaskell es autora de una ambiciosa biografía sobre Charlotte) y de Jane Austen, reivindicada por las sucesivas adaptaciones al cine que se han hecho de sus novelas, buena parte de la literatura de la época ha quedado relegada al olvido. Igual que la casa de Elizabeth Gaskell, varada en el tiempo en una calle de Manchester, las novelas de esta escritora pertenecen a una época perdida. Sus personajes ya no existen, y la sociedad que retrata ha pasado a formar parte de un inmenso baúl de los recuerdos. Pero, a pesar de que uno no puede evitar leerlas con una sonrisa, *Las crónicas de Cranford* conserva un encanto inmune al paso del tiempo y de las modas.

Cuando acabo de redactar estas líneas, tengo delante de mí una fotografía de la casa del número 84 de Plymouth Groove, cerrada ahora y en estado tan precario que algunos aseguran que acabará por declararse en ruina. Ahora, al volver a mirar esos muros rosados, esas ventanas amplias protegidas por cortinas que ocultan piadosamente un interior desolado y vacío, quiero imaginar para la casa otra época feliz, cuando sonaba el piano en veladas interminables, mientras Charles Dickens leía en voz alta los cuentos de Boz, Ruskin soñaba sus aguafuertes y Elizabeth Gaskell imaginaba el inicio de una nueva historia.

Marta Rivera de la Cruz, 2010